LA RANCHERA DEL JAMAPA

(HISTORIA VERACRUZANA)

POEMA



POR

José Pablo Rivas



MADRID
LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ
48, Preciados, 48
1904

La Ranchera del Jamapa

I

¡Surgid al conjuro mágico
de mi musa, días de oro
de espléndidas alboradas
y celajes luminosos!
¡Surgid de la densa bruma
del tiempo, uno en pos del otro,
de sana ilusión henchidos,
de fresca hermosura pródigos!
¡Surgid y resucitadme
aquel mancebo brioso,
de cabellera profusa
y flamígeros los ojos,
caballeresco y altivo,
apasionado y fogoso,
con el cerebro tan rico
de pensamientos heroicos!
Me parece que le veo
en el labio el fino bozo;
en la cabeza un volcán;
en el corazón un horno.

Me parece que le veo
tan noble y tan candoroso,
derrochando, á manos llenas,
de su pecho los tesoros.
Me parece que le veo,
de vida tan poderoso,
que hoy, después de muchos años,
entero me reconozco
en el mancebo gallardo,
apasionado y fogoso,
con el cerebro tan rico
de pensamientos heroicos.
Los dolores de la vida
y sus abismos y escollos;
de la pasión los rugidos;
de las penas los sollozos;
el desengaño sombrío
con su cortejo azaroso
de ilusiones enterradas
y recuerdos melancólicos;
la lenta labor del tiempo
que todo lo lima, ansioso,
de sepulcros y de ruinas,
de sepulcros y de escombros
han puesto, aunque levemente,
mi obscuro pelo canoso;
echado mucha ceniza
sobre el fuego de mis ojos;
pero á pesar de los años,
á pesar de sus trastornos,
mi corazón es el mismo
de aquellos días remotos.

II

¡Surge, pues, gentil mancebo,
surge á la luz, dé las sombras,
al conjuro blando y dulce
de mi lira melodiosa!
¡Surge con todas tus galas,
héroe de las penas hondas
que, hoy, arranco, entre suspiros,
del fondo de mi memoria!
¡Y, tú, glorioso escenario
de la tragedia amorosa,
Veracruz, ciudad invicta,
ciudad tres veces heroica,
surge á mis ojos, también,
con tus calles espaciosas
calcinadas por el sol
y arrulladas por las ondas;
con tu blanco caserío
que el zopilote corona;
y con tus balcones verdes
do tus vírgenes se asoman,
derramadas por los hombros
las cabelleras copiosas;
con tu campiña soberbia,
las sabanas de tu costa;
con cedros, palmas reales,
cocoteros y caobas!
¡Surge, también, á mis ojos
ciudad tres veces heroica,
ciudad portento de luz
y de Méjico la joya!

III

¿Y, tú, la mujer, el hada
de mi adolescencia hermosa,
tú, tan distante en el tiempo
y tan viva en mi memoria?
¡Si me parece sentir
tu blanda mano amorosa,
acariciando mi frente
en mis noches de congoja!
¡Si me parece que llevo
en mi vestido tu aroma,
tu aroma sano y potente
de mujer joven y hermosa!
¡Si me parece que escucho
el són de tu voz harmónica,
más suave que el suspiro
del céfiro entre las hojas;
esa voz americana,
dulce y acariciadora,
que tiene el dejo del niño
y el arrullar de la tórtola!
¡Si es más! ¡hasta en los efluvios
de una tierra tan remota,
me parece que me llegan
en ráfagas ardorosas,
besos, ayes y suspiros
que me saben á tu boca,
nido de tantas caricias,

estuche de tantas joyas!
¡Aún en sueños me visitas,
zalamera y juguetona;
aún, á veces, me parece
que suena sobre la alfombra
de mi cuarto, de tus plantas
desnudas, breves y prontas,
el rumor tenue y callado,
de mi sueño entre las sombras,
é imagino que he de hallarte
abrazada á mí, amorosa,
como en aquellas mañanas
inolvidables y cortas,
en que huyendo de tu rancho
en rápida escapatoria,
al turbio romper del alba
caías dentro mi alcoba,
sacándome de las brumas
del sueño, linda y mimosa,
con la lluvia de tus besos,
tus besos sobre mi boca.

IV

Del Pánuco al Tancochapa
no había en toda la costa
veracruzana más bella,
ni trigueña más garbosa;
alta, flexible de talle,
las caderas ampulosas,
los ojos como gacela
y el alma como paloma.
Los pies no eran pies ¡Dios mio!
sino un hechizo, una gloria,
y chicos hasta en la tierra
que los pies más chicos forja.
Pero la prenda más rica,
la más exquisita joya,
lo más saliente y perfecto
de aquella arrogante moza,
era su gran cabellera,
negra, ondulante y sedosa,
que en cascada copiosísima
le llegaba hasta las corvas;
tan grande, que, no pudiendo
su cabecita graciosa
soportar el rudo peso
de aquella imperial corona,
la llevaba dividida
en dos trenzas primorosas
sobre la espalda, y ornadas

por coqueteo de diosa,
con lindos lazos azules
y con frescas rosas conchas.
Era el marido y señor
de una mujer tan hermosa,
el ranchero más pudiente
cien leguas á la redonda;
con el sombrero jarano,
que siempre prestaba sombra
al semblante más ceñudo
de aquella comarca toda;
con sus ricas calzoneras
de cuero, y con sus pistolas
por detrás de la cintura
contra su ancha faja roja;
rudo, altivo, pendenciero,
gran jugador de sus onzas,
ciego adorador de Lupe
y celoso de su honra.
Era el rancho un caserón
enorme que, entre caobas,
oyomeles y lianas
alzaba su mole roma;
y más allá se extendían
con extraordinaria pompa,
florestales, sembradíos,
praderas maravillosas
donde se erguían, besadas
por la brisa de la costa,
la esbelta caña de azúcar
y la amarilla panoja.
Y más allá, en las llanuras

verdes, de hierba jugosa,
las vacadas en tropeles,
rumiantes y silenciosas.
Y el tabaco y el café,
la yuca y la chirimoya,
y el chile y el algodón,
y mil maderas preciosas,
y, en suma, todos los bienes
de aquella región tan pródiga
donde derramó á granel
todos sus dones Pomona,
todas sus riquezas Ceres,
todos sus tesoros Flora.

V

¿La conocí?... En aquella época
mi vida sólo cifraba
en soñar, en hacer versos
y vagar por las sabanas,
montado en mi potro ardiente
de gallardísima estampa,
que desafiaba al viento
en lo veloz de su marcha.
¡Lo recuerdo cual si hoy fuese!
Era una hermosa mañana,
el cielo ¡qué limpio y puro!
y la atmósfera ¡qué diáfana!
Al paso en mi noble bruto
atrás la ciudad dejaba,
con el azul de su mar
y lo verde de sus palmas;
y á medida que en el seno
de la campiña avanzaba,
más ricas eran sus joyas
y más brillantes sus galas.
Allá, á lo lejos, el Cofre,
como envuelto en níveas gasas,
recortaba sobre el cielo
su aguda cima nevada,
y los senos y los pliegues
de la salvaje montaña,
al rojo sol, parecían

fulgurantes esmeraldas
en manto de oro prendidas
por las manos de las hadas.
El mamey y el chirimoyo
el ambiente embalsamaban,
prestando albergue y sustento
á todo un mundo en sus ramas,
y no satisfechos, ávidos,
los loros y chachalacas,
sobre el maíz, ya maduro,
se abatían en bandadas.
Protegido por sus mangles
el cristalino Jamapa,
torcía su leve curso
entre ocotes y lianas;
y desde el mango el sinsonte
con qué primor les cantaba
¡á la belleza del día
y á la frescura del aura!
No obstante, el sol de la tierra,
que es un sol como una fragua,
comenzaba ya á picar,
y densa nube pesada
de zumbadores mosquitos,
azotándome la cara
y cegándome los ojos
dificultaban mi marcha.
Dí de espuelas á mi potro,
y emprendí por la sabana
una carrera veloz,
una carrera insensata,
y como si se burlase

de mi fuga, á mis espaldas,
lanzó su grito estridente
la burlona guacamaya.
El paisaje era ya otro;
la vegetación cambiaba,
más tupida, más lujosa,
más recia y enmarañada.
De pronto sonaron cerca
de mí, con grande algazara,
voz y risa de mujeres,
aplausos y carcajadas.
A ellas dirigí mi rumbo
y me encontré en una plaza,
á que daban las palmeras
luz suave y sombra grata.
En medio, los bailadores,
y en derredor congregada
la vecindad de los ranchos
y las aldeas cercanas.
Me paré sin desmontarme,
y al rumor de las pisadas
de mi alazán, se volvieron
hacia mí todas las caras.
Saludé con mi jarano
á la multitud bizarra
de damas y caballeros,
y siguió la linda danza.
Era el jarabe. En el centro
una pareja galana
de un charro y una ranchera,
con el talón y la planta
herían el blando césped

de la anchurosa explanada,
él, puestas detrás las manos
y ella, los brazos en jarras.
Así, unos cuantos minutos,
hasta que los dos, con gracia
describiendo un semicírculo,
sus movimientos ensanchan
siempre en frente uno del otro,
siempre con cadencia lánguida.
Poco después el jarocho
con finura cortesana,
se quita el ancho sombrero
y en la cabeza lo planta
de su gentil compañera,
y de su lado se aparta.
Aplausos en el concurso;
aplausos y carcajadas.
Otro nuevo caballero
á la joven se adelanta;
se saludan, se emparejan
y se repite la danza;
y, por último, también
su rico fieltro encarama
sobre el sombrero anterior
y se inclina, y se separa.
Y un tercero, y otro, y otro,
así, en alegre bandada
y, al fin, sobre la cabeza
de la arrogante muchacha,
una graciosa pirámide
de sombreros se levanta.
La bailadora era Lupe.

De una muselina clara
ligero traje vestía
que mal sus carnes velaba.
Rico pañolón de seda,
de flores rojas y gualdas,
le llegaba á la cintura
desde la ebúrnea garganta.
Los pies, eran primorosos,
delgados, finos, de plantas
hechas para el paso vivo
y para la inquieta danza.
Y aquellas trenzas tan ricas,
gloria de la estirpe humana,
ondulantes y sedosas,
sueltas sobre sus espaldas.
Me vió; la vi... Nos miramos;
y á un tiempo unas mismas llamas
abrasaron nuestros pechos
y quemaron nuestras almas.
¡Ella era mía! ¡Yo suyo!
¡Yo su esclavo! ¡Ella mi esclava!
¡No había poder humano
que pudiese separarlas!

VI

Desde aquella hora mi vida
no tuvo más que una meta,
que una luz, que un horizonte,
que un destino, que una senda:
el amor de Lupe, que,
derramado por mis venas
como un licor embriagante,
trastornaba mis potencias.
¡Era mi primer amor!
¡Era la mujer primera
que encontraba en mi camino
mi alma de pasión sedienta,
é iban á ella mis antojos,
mis latidos, mis ideas,
mis suspiros, mis dolores,
mis sueños y mis quimeras,
como á la mar van los ríos
y el torrente va á las peñas,
rebotando por las rocas
sin combate y sin protesta!
¡No era amor; era delirio!
¡No pasión; era demencia!
De pronto, me acometían
vivos deseos de verla;
ensillaba mi caballo,
le soltaba amplia la rienda,
y vuela, vuela sin tino

por montes y por riberas.
Llegaba en muy pocas horas
al rancho; hacía la seña
convenida; se asomaba
á la ventana una negra,
nuestra escucha, nuestra espía,
nuestra astuta medianera,
y pronto me hallaba dentro
si el marido estaba fuera.
¿Remordimientos? Ninguno;
mi pasión era muy ciega
y á los quince años no sabe
lo que es crimen la conciencia.
Lupe estaba como siempre,
tan linda, tan hechicera,
tan viva, tan cariñosa,
tan incitante, tan tierna;
y, entonces, entre las sombras,
con la espía siempre alerta,
comenzaban nuestros besos,
nuestras caricias frenéticas,
en que eran las tibias bocas
de las almas mensajeras.
Ella, al ver mi adoración,
mi idolatría ante ella;
el ardor con que la amaba,
con que besaba sus trenzas:
—¡Qué niño eres!—me decía
con su voz cálida y llena,
mientras jugaban sus manos
con mi obscura cabellera.
El abismo nos llamaba;

el peligro estaba cerca;
el marido era terrible,
y sus pistolas certeras
tendido hubieran sin vida
nuestras jóvenes cabezas,
al más mínimo recelo,
á la más leve sospecha;
pero ¡era mi amor tan grande
y mi amada era tan bella!
Lupe, al principio ocultábase:
guardaba las apariencias;
se recelaba; vestía
su cariño de tibiezas;
pero muy pronto, arrastrada
por la pasión, sin cautela,
de una imprevisión en otra,
de imprudencia en imprudencia,
iba forjando los rayos
de una terrible tormenta.
Muy en breve, con mis visitas
frecuentes no satisfecha,
de pronto, sin previo aviso,
montaba en su blanca yegua,
dulce como una paloma,
mansa como una cordera,
para caer en mis brazos
enamorada y risueña;
y, al ver escrito en mis ojos
el recelo, con sorpresa
me decía: «¡Ya no me amas!
¡Te cansa ya mi presencia!
Y luego, dulce y mimosa

con voz de cariño trémula:
«Niño... ¡Mi vida! Me tienes
loca... La vida me pesa...
¡No puedo vivir sin ti!
¡Huyamos adonde quieras!»

VII

¡Oh lira! ¡Oh musa! ¡Prestadme
vuestros más nobles acentos!
¿Habéis, nunca, imaginado
nada más grande y poético
que la sonrosada imagen,
que el dulcísimo recuerdo
de la primera mujer
que nos concedió sus besos?
¡Oh! ¡Esa mujer cómo vive
eterna siempre en el pecho!
Ni el tiempo ni otros amores
la borrarán del cerebro,
porque en él está incrustada
con caracteres de fuego.
Ella nos dió sus caricias,
durmió contra nuestro seno,
arrulló nuestros dolores
y curó nuestros tormentos.
Nada nos escatimó
en su abandono completo,
ni las joyas de su alma,
ni las joyas de su cuerpo.
Nos descorrió con sus manos
del amor el santo velo,
y es la diosa y es el hada
de nuestros jóvenes sueños.
Podemos amar, más tarde,

á otras mujeres, empero,
no hay nada como sus labios,
no hay nada como sus besos;
y nos ha de acompañar
hasta los días postreros,
siempre amada y siempre hermosa,
contra la muerte y el tiempo;
y si llegase á pasar
encima de nuestro féretro,
de amor se estremecería
el polvo de nuestros huesos.
¡Oh! ¡Esa mujer cómo vive
eterna siempre en el pecho!
¡Por eso, Lupe, inmortal,
en el corazón te llevo!

VIII

Tanto amor, tanta locura,
habían de herir mis nervios,
desentonar mi organismo,
desequilibrar mi cuerpo;
y del mancebo brioso,
fuerte, lozano y apuesto,
no quedó sino un muchacho
melancólico y enfermo,
sin fuerzas y sin arranques,
y pálido y macilento.
Sólo en mis ojos se había
refugiado el pobre resto
de vida que en mí quedaba,
con vivo y extraño fuego;
ojos grandes y fosfóricos;
de pasión; ¡calenturientos!
Yo me sentía morir,
conocía que el veneno
del amor iba chupando
la médula de mis huesos;
pero iba á tener por tumba
un tan magnífico seno
y por mortaja unos brazos
tan mórbidos y tan tersos;
era tan dulce su boca;
eran tan dulces sus besos;
eran sus trenzas tan grandes

y eran sus pies tan pequeños,
que me dejaba morir
sin réplica y satisfecho;
que la muerte que es de amor,
más que dolor es recreo.

IX

Pero mi padre velaba
por mi vida, y, en la sombra,
seguía todos mis pasos
con vigilancia afanosa;
y, sabedor de mis dulces
desvaríos, de hora en hora,
en mi espíritu estudiaba
mis ansias y mis zozobras,
y en mi rostro los estragos
de la pasión amorosa.
Una noche, al retirarse,
entró mi padre en mi alcoba.
Graves fueron sus palabras
y nobles y sentenciosas.
No habló como aquel que riñe;
mas como aquel que razona;
no habló como el padre al hijo,
sino con voz amistosa:
«Dos caminos tienes sólo;
»ambos de muerte y deshonra:
»ó morir en brazos de ella,
»ó al fuego de las pistolas
»del ultrajado marido,
»con vilipendio y sin honra.
»Ya es tiempo de que desistas
»de una pasión tan costosa.»
Afuera, silbaba el Norte

como un monstruo de cien bocas,
y por cima de sus himnos
y sus salvajes estrofas,
sobresalía, potente,
como una gigante nota,
la brava canción del mar
que fingía con sus olas,
ruido de cañonazos,
al rebotar en las rocas.
¡Afuera, lucha y horror;
en mi pecho lucha y sombras!
¡Qué de dudas! ¡Qué de abismos!
¡Cuán honda brega, cuán honda,
entre mi respeto de hijo
y mi pasión ardorosa.
Nada dije; nada aduje;
mudo, con la frente torva,
sólo se oía el respiro
de mi angustia fatigosa;
y mi padre, respetando
mi silencio y mi congoja,
salió, no sin antes dar
su noble frente á mi boca.
No me acosté; tras los vidrios
del postigo de mi alcoba,
observaba, por el cielo
la marcha errabunda y loca
de las nubes, que, impelidas
por el Norte, unas tras otras,
parecían, en su huída,
escuadrones en derrota,
que, en su miedo, preferían

á la muerte la deshonra.
Allá, en la Asunción, sonaron
doce campanadas hondas,
lúgubres, tristes, fatídicas,
cual de espíritus que lloran,
y, cual si sólo esperase
aquellas fúnebres notas
para redoblar su furia,
el Norte, en sus fieras trombas,
pareció por un momento
sepultar la ciudad toda.
No sé cuánto tiempo estuve
de aquel modo. ¿Siglos? ¿Horas?
Mas ya en el cielo lucía
una fatídica aurora
de tintas sanguinolentas,
y á su luz fúnebre y poca,
sentí de pronto vibrar
en mi espíritu, valiosa,
invencible, como siempre,
mi pasión abrasadora.
Y ciego, y loco, y sin tino,
montando al punto, sin otra
mira que verla, que oir
las palabras de su boca,
volaba otra vez, á escape,
por la arena de la costa.
Así pasó una semana
de amor, de caricias locas,
de dulzuras y delicias,
de dichas embriagadoras.
De cuando en cuando turbaba

mi placer, cual nube torva,
la mirada de mi padre,
severa é interrogadora;
pero los besos de Lupe
disipaban mis zozobras.
Una noche, de las noches
eternas en mi memoria,
á mi regreso del rancho,
cuando aún llevaba el aroma
de los cabellos de Lupe
en mi traje, en mi persona,
mi padre, á boca de jarro,
me dijo, en frase lacónica:
«Prepárate, que mañana
salimos».—Y una azul hoja
me tendía, que cogí
con la mano temblorosa.
La abrí. ¡Gran Dios! ¡El pasaje,
el pasaje para Europa!

X

Subí á mi cuarto, aterrado,
sin aliento, como un loco,
y reclinando, afligido,
mi cabeza en el embozo
de mi cama, así, me estuve
largas horas de abandono,
empapando el blanco lienzo
con mis amargos sollozos.
De pronto me erguí arrogante,
altivo, soberbio, heroico.
¡La rebelión había herido
mi espíritu con su soplo!
Ya no era el niño obediente,
dócil, débil, sin encono;
era el hombre que defiende
sus derechos con arrojo.
Mi padre ¿con qué razón
era árbitro de mis ósculos?
¿Era dueño de mi espíritu?
¿De mi corazón? ¡Tampoco!
¡Dios lo hizo libre, y ni el padre
manda en su amor y en sus odios!
!Esa mujer era mía;
defendíala contra todos,
contra el deber, contra el mundo,
contra mi padre y su esposo,
con mi sangre, con mi vida,

con la ley de mis antojos!
Salí de mi cuarto, firme,
entero, fuerte, animoso;
la decisión en el pecho;
la rebeldía en los ojos.
Pero al pasar por la puerta
de mi padre oí sollozos,
y la voz del cura Flores
y su acento duro y bronco.
Me paré. Decía mi padre,
enternecido y lloroso:
«O se me muere, ó le matan;
«y es bueno; es mi hijo, y le adoro.»
¡Noble padre! Avergonzado
me retiré, presuroso;
pero al salir de mi casa
en mi corcel, ya era otro.
La rebelión había muerto;
el deber hablaba sólo,
mientras ahogaba, convulso,
en mi garganta mi lloro.

XI

El Norte se hallaba, entonces,
en el colmo de su fuerza,
y rugiente y desbordado,
por calles y por plazuelas,
por todas partes llevaba,
en su acometida ciega,
su respiro de gigante
y sus bramidos de fiera.
En el campo era mayor
su furia, más la violencia
con que soplaba, iracundo,
en las sabanas inmensas;
pues sin diques y sin vallas,
sin trabas y sin barreras,
como corcel desbocado
que no reconoce espuela,
por la amplia región del viento
se despeñaba sin tregua.
A su paso, temerosos,
los guayabos y palmeras,
los zapotes y ahuacates
inclinaban sus cabezas,
y los turpiales y loros,
moradores de la selva,
volaban de rama en rama
sin encontrar una buena;
y por el ambiente, cálido,
de una plomiza tristeza

¡cómo volaban los granos
de los médanos de arena!
Y yo corría, corría,
hallando en mi marcha enérgica
cierto misterioso encanto
que mitigaba mi pena.
Llegué al cabo sudoroso;
me detuve; hice la seña
convenida; en la ventana
se vió el perfil de la negra;
agitó un pañuelo rojo,
¡el marido estaba fuera!
Pronto me encontré en los brazos
de mi adorada, y, al verla,
no pudo ocultar mi angustia
una lágrima indiscreta.
—¿Qué tienes, mi alma? ¡Mi amor,
qué pálido estás! ¡Y quema
tu cara! ¡Tú tienes algo!
¡Dilo! ¿Qué pasa?—Y se sienta
á mi lado y me acaricia,
y los párpados me besa,
y su voz sonaba dulce
como un canto de la tierra.
Quise hablar; pero no pude.
¡Qué tristeza! ¡Qué tristeza
me anudaba la garganta
y me trababa la lengua!
La eché los brazos al cuello
y, dando á mi angustia suelta,
lloré, lloré como un niño,
á manantiales, sin tregua.

Lupe, lloraba conmigo
y me decía esas tiernas
palabras, con que las madres
á sus ángeles consuelan.
De pronto, la hermosa irguió
su magnífica cabeza,
con fiereza de leona
y con majestad de reina,
y me dijo:—Niño mío,
¡tú, me dejas; tú, me dejas!
Tus miradas me lo dicen.
¡Qué traición y qué vergüenza!
Y abandonando su silla
con furor y con violencia,
se separó de mis brazos
torva, llorosa, frenética.
—Pero ¡si esto no es posible!
¿En qué parte de la tierra
una mujer has de hallar
que cual te quiero te quiera?
¿No te lo he entregado todo?
¿Mi pudor y mi conciencia?
¿No me he jugado la vida
por tu amor? ¡Habla! ¡Contesta! —
Hablé; mas como habla el juez;
no con el alma serena,
sino como el que pronuncia
de muerte triste sentencia.
¿Qué argumentos oponer
á sus gemidos y quejas?
¿Los del deber? ¡Es muy débil
contra la pasión soberbia!

De modo que mis palabras,
en vez de calmar su pena,
la irritaron más.—¿Tu padre?...
¿Tú por tu padre me dejas?
¿Por tu padre?... ¿Y mi marido?
¿Sin temor y sin vergüenza
no le he engañado por ti?
¿Tú, no me amas en su ausencia?
¿No le robo mi cariño?
¡Y me ama con pasión ciega!
¡No como tú que no sabes
amar!—Y hería la tierra
con su planta primorosa,
digna del pie de una reina
y que la llevaba á mí,
siempre amante y siempre tierna.
Se ofuscaron mis sentidos,
y ya no vi más que á ella
con su amor y su hermosura,
con su llanto y con sus quejas.
Mi padre... El deber... ¡Qué lejos!
¡Qué lejos en mi conciencia!
¿No era vil, no era cobarde,
indigno de una alma buena
abandonar á una pobre
mujer, porque así lo ordenan
egoísmos de la vida
y del hogar conveniencias?
¿Su marido? No lo amaba.
¿Mi vida? Qué ¿no se juega
mil veces con mano pródiga
por la patria, por la tierra

que nos abrigó en su seno,
y no debemos perderla
por la mujer que nos ama,
que alma y cuerpo nos entrega,
y en cuyo pecho amoroso
reclinamos la cabeza,
en nuestras horas de dicha
y en nuestras horas acerbas?
Me erguí, de nuevo, rebelde,
magnífico.—¡Di! ¡Habla! ¡Ordena!
Soy tu esclavo. Lo que digas.
Lo que exijas. Lo que quieras.
—¡Huyamos!—dijo ella.—¡Huyamos!
Otros climas nos esperan.
Lejos donde no nos sigan;
lejos donde no nos vean.—
Y en sus ojos fulguraba
una alegría frenética.
¡Qué hermosa estaba! ¡Qué hermosa!
—Mira—me dijo, y me lleva
á una cómoda, de que abre
los cajones, y me enseña
un cinto, repleto de onzas
deslumbradoras y nuevas.
—Ya ves; con esto nos sobra
para una vida.—Y lo cierra;
y va á dármelo; mas, yo,
—¡Nunca!—rugí—¡Qué vileza!
Yo le robaré tu amor;
pero ¡nunca sus monedas!
—¡Si te digo que no me amas!
—¡Te lo juro!—¡No me mientas!

—¡Te lo juro por mi madre!
¡Te lo juro por tus trenzas,
que son mi gloria y mi orgullo,
y que quizás ya no vea
nunca más y nunca bese!
—¡Calla! ¡No sigas!—Inquieta
va de un sitio al otro; busca
y halla, al fin, unas tijeras.
—¿Qué haces, Lupe? ¡Por tu vida!
¿Estás loca? Dime.—Cerca
de estarlo; mas todavía
tengo la razón entera.—
Y el acero muerde, corta
las finas, sedosas hebras
de un cabello como nunca
tuvo mujer en la tierra.
Mas, valientes, se resisten
y en las hojas hacen mella;
pero Lupe, no se rinde,
no se amilana, no ceja;
y redobla sus esfuerzos
y, al cabo, la hermosa trenza,
desprendida de su tronco,
por su linda espalda rueda...
Y, después de unos segundos
su divina compañera
—Toma—dijo—y ahora déjame
si á tanto tu infamia llega.
—¿Qué has hecho, Lupe, qué has hecho?
—Cuando mi marido venga
diré que, como eran tuyas,
te he regalado mis trenzas.—

Estando en esto, en la estancia
entra, azorada, la negra.
—¡Pronto!... ¡Que huya!... ¡Viene el amo!
—¡Virgen mía!—Está ya cerca.
—Yo no me voy—dije entonces.
—Pero ¿estás loco?—¡Que venga,
y muramos los dos juntos!
¡No te dejo, así, indefensa!
¡Vete, Pepe!... Le diré
que fué un capricho, una idea;
pero si partes ¡lo juro!
sabrá la historia completa.
—¿Por dónde?—Por la ventana.
Ya es imposible la puerta.
—¡Viene!—Se oía en el patio
el rumor de sus espuelas.
Vacilé un poco; después
dí un salto y me encontré fuera,
en el campo, bajo el cielo
y el lucir de sus estrellas.
Al ruido, mi caballo
alzó su noble cabeza;
monté en él y me dispuse
á galopar por la vega.
Pero me detuve ¡cielos!
¿No eran gemidos y quejas?
¿No eran gritos y sollozos?
¿Empezaba la tragedia?
No. ¡Gracias! ¡Gracias, Dios mío!
Eran las tristes endechas,
el gran suspiro de amor
del sinsonte, allá en la selva.

XII

El Norte ya no soplaba;
era la noche serena,
de esas noches tropicales
tan límpidas y tan bellas
en que las flores no duermen,
en que los pájaros velan;
en que la pálida luna
y su séquito de estrellas,
del mundo el reino callado
en plácida luz anegan.
Al principio, iba al galope,
sin rumbo, flojas las riendas;
mas, pronto, de mi alazán
paré la veloz carrera
y, á cada paso, angustioso,
volvía atrás la cabeza,
creyendo oir, á mi espalda,
ayes, suspiros y quejas
y á Lupe, que me llamaba
con una voz lastimera.
La luna, que ya en el cielo
se elevaba grande y llena,
iluminaba del valle
las frondosas arboledas,
los pinabetes del monte,
los repliegues de la sierra;
y tonos daba argentados

con su mágica paleta,
al mango y al tamarindo,
al plátano y la palmera.
Y las hierbas exhalaban
su más exquisita esencia;
y ¡espectáculo admirable,
nunca visto en otra tierra!,
los cocuyos luminosos
de azulada transparencia,
en bandadas revolando,
refulgían en la vega,
como estrellas errabundas
desprendidas de su esfera.
¡Ay! ¡Cuántas veces estuve
por volver atrás la rienda;
por deshacer el camino;
por volver al lado de ella;
pero un impulso invencible,
una misteriosa fuerza
á Veracruz me arrastraban
con mi amor y con mis penas.
Pronto distinguí sus muros
y oí la canción eterna
del mar, con el fuerte ritmo
de sus rugidos y quejas.

XIII

Al abrirlos á la luz
la triste mañana aquella,
mis ojos, llenos de asombro,
tropezaron con la negra
que, en pie, al lado de mi cama,
velaba la amarga vuelta
al mundo de mis dolores
y al abismo de mis penas.
—¡Tú aquí, Pancha! ¿Qué ha pasado?
Nada me ocultes.—Y, trémula
y torpe, mi voz no hallaba
de mi garganta la senda.
—De parte de mi ama, niño—
ella repuso, en mi diestra
poniendo una linda caja
de cedro y de nácar hecha.
La abrí con mano convulsa
y vi en su fondo las trenzas,
las lindas trenzas de Lupe,
perfumadas y soberbias.
Y una carta. Rompí el sobre.
Sus finas, menudas letras,
se clavaron en mi espíritu
como envenenadas flechas.
«Ahí te mando los despojos
»amados de mi cabeza.
»Que siempre vayan contigo

»y que eternamente sean
»como dos fieros puñales
»clavados en tu conciencia.
»Te vas; lo sé; y esto es casi
»testamento de una muerta.»
—¿Y el marido?—Nada dijo;
pero algo ya se sospecha.
Me temo una gran desgracia
si es que su merced la deja.—
Me vestí, bajé; en mis ojos
fulguraba la tormenta.
Mi padre estaba en su cuarto
arreglando su maleta.
Hablé y se lo dije todo;
mi amor y el peligro de ella;
lloré, supliqué de hinojos...
¡Lucha inútil! ¡Vana empresa!
Yo defendía mi amor
y mi padre mi existencia.
¡Y me la dió y era suya,
era sangre de sus venas!
¡Y era suyo mi albedrío
y hasta suya mi conciencia!

XIV

Dos horas después, á bordo
del *Panamá,* en la cubierta,
más pálido que un cadáver,
casi loco de tristeza,
miraba cual se perdía
en la atmósfera serena,
la amplia línea de la costa
con sus valles y praderas.
Atrás, Veracruz, quedaba
con la pompa de sus vegas,
sus cedros y sus guayabos,
sus plátanos y palmeras;
y con aquella mujer,
encantadora y soberbia,
amada como ninguna
y como ninguna bella.
La noche, pronto, tendió
su manto sobre la esfera
y, entonces, mudo y sombrío
abandoné la cubierta
y, bajando al camarote,
me arrojé sobre sus trenzas
y las apliqué á mis labios,
creyendo encontrar en ellas
el sabor de sus caricias
y de su cuerpo la esencia;
mas sólo me recordaron
como dos mudas protestas
¡su abandono y mi perfidia!
¡su dolor y mi vergüenza!

XV

¡Negras trenzas, negras trenzas
de aquella mujer querida
que tanto me amó en el mundo,
que me otorgó sus caricias
contra las leyes humanas,
contra las leyes divinas!
¡Negras trenzas, negras trenzas
tan hermosas como ricas,
que en vuestras hebras lleváis
su fragancia preferida!
¡Sois el dolor de mis noches,
la amargura de mis días,
el estigma de mi frente,
el ludibrio de mi vida,
por aquella gran infamia,
aquella gran ignominia
de haber dejado indefensa,
sin mi amor y mis caricias,
á la mujer más hermosa
y más amante y más digna
de amor, de cuantas mujeres
de amor y pasión suspiran!

MADRID, DICIEMBRE DE 1903.

OBRAS DEL AUTOR

Los niños abandonados, poema leído en el Ateneo de Madrid (agotada) y en preparación la segunda edición.

Cada oveja con su pareja (novela agotada).

Cuba, poesías (agotada), y en preparación la segunda edición.

¡Justicia humana! cuadro dramático estrenado en el teatro Romea, de Barcelona.

Na hay bien donde no hay amor, comedia en un acto, estrenada en el teatro Principal, de Barcelona.

Próximas á publicarse

La Ida, poema.
La Sentencia de un Jurado, novela.
Cantos de un bohemio, poesías.